

so del dolor, llenos los ojos de lágrimas y henchidos los pechos de suspiros y de recriminaciones.

¡Oh! cómo deseaba que sus palabras resonaran en aquellos oídos por venir, para que produjesen el efecto que producían entonces en sus inmediatos oyentes...!

Pero El no había de vivir siempre en la tierra. Convenía que El también padeciese y así entrara en la gloria de su Padre.

Y sus ojos se fijaron entonces en sus discípulos, los más cercanos, los escogidos. Ellos, sí, habían de perpetuarse en la tierra. Ellos tendrían sucesores, herederos de su espíritu y de su misión...

Volvióse, pues, a ellos, y sobre ellos abrió también sus divinos labios.

Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo.

¡Eran los sacerdotes de su futura Iglesia! Ellos continuarían y completarían su obra.

Ellos repetirían a las multitudes vejadas y oprimidas, como ovejas sin pastor, aquel mismo sermón de la montaña...

Purificarían las almas: ¡eran la sal de la tierra!

Iluminarían las mentes: ¡eran la luz del mundo!

Con la palabra, sí, pero también, y sobre todo, con el ejemplo. ¿No lo hacía El? ¿No había comenzado primero a dar con su conducta la norma y después a predicar con la palabra lo mismo que había practicado? ¿Quién podría decirle: **médico, cúrate a ti mismo?**

Y en aquella mañana radiosa de primavera, quedó para siempre trazado el plan de su futura Iglesia.

Los fieles, tratando de renovar la imagen de Dios, que en su alma había dejado borrosa el hálito del pecado. Los sacerdotes, enseñando a los fieles y dirigiéndolos, no como un ciego guía a otro ciego para caer ambos en el pozo, sino como el modelo de santidad, que va delante, para fortalecer al débil, alentar al pusilánime, prevenir los peligros, tender la mano al que ya desfallece y subirlo con él, apoyado en él, a las alturas de la santidad, de la hermosura, de la gracia...

¡Sal de la tierra! ¡Luz del mundo! ¡Qué dulce misión la del sacerdote!

Continuar la obra del Hijo de Dios. Santificar las almas. Purificar los corazones, comenzando por el propio. Vivir de la misma vida de Dios, para poder comunicarla a otros. Ser santos, como el Padre Celestial es santo, para ser fuente